

Estepa

El Pablo se fue a los 18. ¿No viejo?. Sí, a los 18. Solito se fue. Acá estábamos todos un poco asustados porque en la ciudad hay mucho loco dando vuelta. Y ya sabíamos por la Beatriz que allá te asaltan o te pegan un palazo y a otra cosa. Pero el Pablito siempre fue muy decidido y cuando nos dijo lo de abogacía nos dio no sé qué decirle que no. Desde chiquito repetía “abogado”, “voy a ser abogado”.

Al principio le costó. Yo estaba preocupada porque apenas podía pagar el préstamo que habíamos pedido para que se instale allá y el Hugo cada vez tenía menos changas. ¿Te acordás viejo?, ese fue el año en que aceptaste lo de la constructora.

Pablo se adaptó rápido por suerte, se ve que le gustó la ciudad. Pero extrañaba. Yo me daba cuenta. Cada vez que venía en las vacaciones le hacíamos todas las comidas que le gustaban. Nos reíamos porque venía hecho un esqueleto y se iba como con 10 kilos de más. ¡Se llegó a comer ocho empanadas fritas él solo! Le gustaba estar afuera, tomando mates con los hermanos y que le pegara el sol en la cabeza. Se ve que allá no llega mucho el sol, por los edificios. El Pablito nos contaba que ni el viento corre a veces. Y que vivís mojado. Como si te hubieran echado un baldazo de agua encima. ¿Te imaginás? Yo no podría, por eso teníamos tanto orgullo del Pablo y aunque nos costara le mandábamos la plata para que estudiara, porque no cualquiera hace semejante esfuerzo.

Yo empecé a hacer unas changuitas con la Nancy, si total...a mí tampoco me molestaba. Y el Hugo se instaló allá en el sur porque el patrón, el dueño de la constructora, le dijo que lo quería trabajando en la obra. Ahí le empezó el dolor en la espalda.

A veces yo estaba un poco sola, en el invierno y los veranos sobre todo, cuando el Pablo dejó de venir. Eso fue en el 2003 más o menos, creo que él estaba en tercer año de

la universidad. Pero igual nos llamaba seguido y el trabajo que consiguió le vino bien para estar más tranquilo, por suerte. Cuando me llamaba el domingo a mí se me llenaba el pecho de orgullo. Ya se notaba que era todo un hombre, hasta la voz le cambio, mirá lo que te digo. Hablaba diferente y todo.

De un día para el otro nos dijo que ya no necesitaba que le siguiéramos mandando plata. Y ahí el viejo se pudo volver de Río Gallegos. Yo igual le mandaba encomiendas con comida porque viste que allá en la ciudad se come muy mal; pero eso fue antes de que nos dijera lo de su dieta, cuando dejó de comer grasas y eso.

No sabes la envidia que tenían las vecinas de enfrente cuando se enteraron que Pablito se recibió. Pero nosotros ni *mu*, los mismos de siempre. El Pablo nos dijo que no hacía falta que fuéramos a la entrega del título, que igual era algo medio aburrido. Nos hubiera gustado estar, no te voy a decir que no. Pero qué se yo; él tiene su vida allá. Por algo debe haber sido. Yo lo entiendo. Le mandó una foto por el celular a Ricardo, de ese día. Estaba con traje y una corbata violeta. No me olvido más: Cuando lo vi, tan elegante, me puse a llorar. El viejo también.

Ya van a ser 10 años, por ahí. Se ve que le gusta la ciudad. Tiene otro ritmo. Ojo, nosotros no nos ponemos mal. Lo extrañamos, no te voy a decir que no. Nos gustaría que venga a saludarnos, pero él ya tiene otra vida allá. Le va bien por suerte. Eso es lo que más feliz nos hace, que le vaya bien.

Cuando el viejo me dice que por qué no viene, yo le digo: ¿y qué va a venir a hacer acá? Pura estepa tenemos no más. Un día de estos nos va a llamar seguro. Ahí le voy a pedir la dirección y le voy a mandar una encomienda con unas empanaditas. Pero al horno porque las fritas ya no le gustan.